

El funcionamiento general del mundo de Eduardo Sacheri

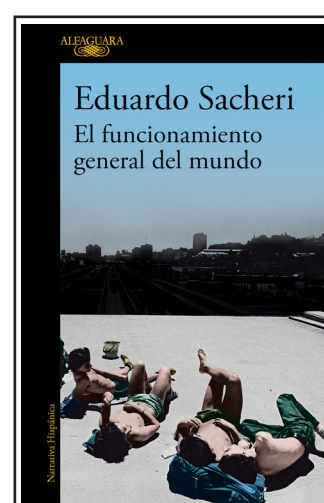
Eliseo Galeano

(Consejo de Educación Secundaria, Uruguay)

Sacheri, Eduardo.

El funcionamiento general del mundo.

Alfaguara, Buenos Aires, 2021.



El funcionamiento general del mundo (2021) es la séptima novela del escritor argentino Eduardo Sacheri, nacido en 1967 en Castelar, Buenos Aires. Sus primeros cuentos, muchos de temática futbolística, tuvieron difusión gracias a la lectura de Alejandro Apo en Radio Continental a comienzos de los 2000. Luego, Sacheri ganó amplio reconocimiento a nivel internacional por el éxito de la película *El secreto de sus ojos* (2009), cuyo guion co-escribió junto a Juan José Campanella, en base a su novela *La pregunta de sus ojos* (2005). La multitud de premios que obtuvo la película, entre los que destaca el Oscar a mejor película extranjera en 2010, catapultaron la carrera de Sacheri, permitiéndole dedicarse más de lleno a la escritura literaria y de guiones cinematográficos, en paralelo a la labor que aún ejerce como docente de Historia en el colegio secundario. La obtención del Premio Alfaguara de novela en 2016 por *La noche de la Usina* (2016) terminó de rubricar una exitosa carrera como escritor orientado a retratar literariamente historias de “gente común”, pero con indudable proyección universal. Toda la obra de Sacheri apunta en esa dirección, y *El funcionamiento general del mundo*, más allá de lo pomposo del título, no es una excepción.

La novela cuenta alternativamente dos historias que se vinculan de un modo particular. Por un lado, se narra el viaje en auto de Federico Benítez, un contador público argentino de mediana edad, junto a sus dos hijos adolescentes, Candela y Joel, hacia Monte Mocho, un ficticio y minúsculo pueblo perdido en la Patagonia Argentina, al oeste

de Chubut y en la frontera con Santa Cruz, muy cerca de Chile. El improvisado viaje tiene como propósito que Federico presencie el funeral de Marta Beatriz Muzopappa, quien fue su profesora de Artes Plásticas de Tercer Año en el Colegio Nacional Normal Superior Arturo del Manso en 1983. Ese viaje en auto, entonces, que cancela las previstas vacaciones de Federico y sus hijos hacia las Cataratas del Iguazú, tiene para Federico el carácter de un deber que debe cumplir, por una especie de deuda para con la fallecida profesora que hace más de treinta años que no ve. De hecho, no la ve desde 1983, cuando ella decidió jubilarse y volver al sur, donde vivía de joven junto a su esposo. Y si bien el año del presente de la narración no se explicita, está claro que hay al menos tres décadas de distancia entre el viaje de Federico y sus hijos con el lejano 1983.

La otra historia que la novela cuenta es la de los hechos de la vida de Federico a lo largo de ese particular 1983, especialmente los referidos a su conflictiva vida familiar y sobre todo a su vida como estudiante del Colegio Nacional Normal Superior Arturo del Manso, colegio ficticio de la localidad bonaerense de Haedo. Allí, en el segundo semestre de 1983 se juega el Primer Torneo Interdivisional de Fútbol del Colegio Nacional Normal Superior Arturo Del Manso. La profesora Marta Beatriz Muzopappa, de Artes Plásticas, ante la sorpresa de todos, adquiere un rol fundamental en ese Torneo, pues ejerce de entrenadora de “Los otros de Tercero 6”, el equipo de Federico. Su inesperada pero acertada intromisión como entrenadora del equipo hará que deje una huella imborrable en la vida de un introvertido adolescente de quince años que más de treinta años después atravesará el país con sus hijos a costas para despedirla. Respecto de la conflictiva vida familiar del tímido adolescente Federico Benítez en 1983, el lector rápidamente se entera que una madre ausente y un abuelo alcohólico y violento son toda su familia, en el marco institucional de una ya agonizante pero aún patente dictadura cívico-militar. En este sentido, se torna operativo el concepto de *habitus* formulado por Pierre Bourdieu (2010). El abuelo de Federico y Soria, el rector del Colegio Arturo del Manso, se convierten en los principales agentes de las prácticas del *habitus* en su faceta más oscura, marcada por el autoritarismo y el uso abusivo del poder respaldado en una impunidad propia de la posición jerárquica al interior de las instituciones familiar y educativa. La evolución de Federico a lo largo de la obra se vincula directamente a su toma de conciencia y empoderamiento respecto de lo “social incorporado” que constituye el *habitus* que inevitablemente lo condiciona y al que, a su modo, termina por impugnar unos valores otros que, a su vez, hallan un interesante contrapunto con los que sostienen sus hijos, Candela y Joel, para quienes el *habitus* propio de la atmósfera dictatorial de los años 80 ha variado sensiblemente.

Estructuralmente, la novela se divide en cuatro días (sábado, domingo, lunes y martes), que son los que dura el viaje de los tres integrantes de esa ya desarticulada fami-

lia, los dos difíciles adolescentes y su padre, ya separado de Karina, la madre de ambos que aparece solo al comienzo del libro. Dentro de cada día, hay capítulos numerados (cuarenta y dos en total) y otros titulados con palabras (todos sustantivos; sesenta y uno en total). A medida que avanza el libro, y sin dejar de combinarse, los capítulos numerados van mermando y los otros ganan terreno ampliamente. Esto se debe a que los capítulos numerados corresponden a lo que acontece en el presente de la narración, es decir, en el viaje en auto y las esporádicas paradas a comer y a dormir. El narrador en tercera persona, alternativamente enfocado en cada uno de los tres personajes (Federico, Candela, Joel), cuenta la historia del viaje en auto de miles de kilómetros hacia el sur. La trama está sembrada por enojos, peleas, enredos, desencuentros, silencios y frío (mucho frío), pero también por amigables y profundas conversaciones, por un espíritu cooperador, por inusitadas muestras de afecto y por un tinte aventurero que envuelve todo el viaje. Los capítulos titulados por sustantivos (Pasillo, Centro de Estudiantes, Arquero, Fixture) narran cronológicamente y en tercera persona los acontecimientos del lejano 1983, pero siempre desde la perspectiva de Federico. Además, se sobreentiende que esa narración también la reciben Candela y Joel de la voz de su padre, no muy dado, hasta ese momento, a hablar sobre sí mismo y menos aún sobre su pasado. Cabe añadir, a modo de curiosidad, que Sacheri ha dicho en entrevistas que, mientras escribía la obra, emprendió el mismo viaje que sus personajes como forma de documentarse y experimentar las mismas peripecias que sus personajes.

La escritura de Sacheri mantiene un estilo muy similar al de su obra narrativa previa. Si bien no desestima el uso metafórico ni se priva, por momentos, de elaborar reflexiones con cierto aire poético, su estilo no se aleja nunca del lenguaje sencillo. En este sentido, el lenguaje de las obras de Sacheri en general, y de *El funcionamiento general del mundo* en particular, tiene un nivel de accesibilidad muy alto, acorde al tipo de historias que suele contar. Quizá la mayor dificultad para el lector resida en los saltos temporales que la obra propone, aunque la titulación de cada capítulo previene que esto sea un problema. Fuera de ello, las aisladas conversaciones de Federico con Muzopappa carecen de un marco de referencia narrativa previa, pero una vez que se comprende la dinámica, no implican ninguna dificultad de comprensión. En esos capítulos (once en total), Sacheri plasma sus mejores reflexiones, siempre con un lenguaje coloquial que no carece de profundidad, propio del contexto de la escena (la espera del ómnibus en una parada cerca del Colegio). Además, en ellos radica parte de la explicación del viaje que, más de treinta años después, emprenderá Federico, tras el llamado de una amiga de Muzopappa que le anuncia la muerte de su ex profesora, en un acto que demuestra que, a pesar del paso del tiempo, no solo no la ha olvidado, sino que ha dejado en él una huella imborrable.

A medida que se desarrolla la narración, podría pensarse que hay dos incógnitas centrales, una correspondiente a cada tiempo, a cada historia, o sea, a la del viaje de Federico y sus hijos y a la de la vida de Federico durante 1983. Y si bien eso es verdad, solo es parte de la verdad. Sacheri siente predilección por la historia de la “gente común”, a la que le pasan cosas pequeñas, acaso intrascendentes, pero cuyas historias, de alguna manera, tienen una proyección, sino universal, al menos general. Contra lo que podría pensar alguien que leyera el grandilocuente título del libro, la novela no pretende explicar el funcionamiento general del mundo. Lejos de eso, lo que el libro hace es, a través de la narración de ciertos episodios, que hilados con fineza van constituyendo una historia, representar a personajes que, de alguna forma lateral, premonitoria, inexacta, intuyen, en ciertas instancias, el funcionamiento general del mundo. O lo que creen que es ese funcionamiento. O lo que ellos creen que es el mundo. Este aspecto, lejos de restarle trascendencia a la obra de Sacheri y a sus historias, pondera no solo su capacidad narrativa, sino su sensibilidad artística. Sacheri construye un mundo ficcional, un mundo muy parecido al suyo (al del Sacheri autor), y lo cincela con la simpleza y la maestría que años de escritura le han dado.

Ningún personaje (ni siquiera la mismísima Marta Muzopappa) se muestra infalible. Todos aprenden, todos cambian, todos se aproximan a ese mundo común desde su lugar concreto, y las peripecias que los personajes atraviesan, más o menos graves, más o menos juntos o separados, son las de ese pequeño mundo, que en ciertos aspectos tienen un alcance general. Ni siquiera el narrador en tercera persona, desde su distancia, juzga a los personajes, sino que acompaña y expone sus ideas, pensamientos, emociones y sentimientos más profundos, que salen a flote en las siempre verosímiles circunstancias que Sacheri entreteje en su trama, por momentos muy cautivadora.

La narración no deja de evidenciar la diferencia generacional entre algunas personas, en una clara muestra de los cambios que impone el paso del tiempo. Y entonces, los hechos que ocurren y le ocurren en 1983 al adolescente Federico Benítez son vistos y juzgados de forma muy distinta por sus hijos. Así, salen a flote asuntos relacionados al uso del lenguaje (incluso al llamado lenguaje inclusivo), a la violencia en general y al *bullying* en particular, al rol de la mujer, a la amistad, a formas de relacionarse con quienes son iguales y con quienes tienen otra jerarquía, a prácticas institucionales muy vinculadas a su contexto histórico. En definitiva, el cambio de tiempo, en este caso, implica un cambio no solo en el estilo de vida sino en los valores que los personajes de uno y otro tiempo defienden como propios e innegociables. El *habitus* de ambos tiempos es muy distinto.

Sin embargo, hay cosas que no cambian. Y una de ellas es el juego. El fútbol, en este caso. En una de sus conversaciones, Muzopappa le dice a Federico que los

seres humanos inventaron el juego para simplificar la vida, para poder aprehenderla y comprenderla mejor. Fuera del juego, la vida es un caos, está llena de confusión, de obstáculos, carece de reglas, de dirección, de objetivos, incluso de lógica, muchas veces. Pero el juego ordena, estructura, simplifica. El fútbol es un juego simple, en su esencia: juegan unos contra otros, en ciertos límites espaciales y temporales, y tienen que meter la pelota adentro del arco del otro y evitar que el otro la meta en el arco propio. Eso es todo. El fútbol simplifica la vida. Pero aún en él caben todo tipo de posibilidades, porque lo juegan personas muy distintas, con miedos, con deseos, personas que aciertan y que fallan, que ganan y que pierden. Entonces el fútbol es como la vida misma, pero como una vida ordenada, al menos por un rato. Y nadie sabe cómo funciona el mundo, cómo es el funcionamiento general del mundo. Pero cuando se juega al fútbol sí se sabe, o parece que se sabe. Entonces, jugar, al fútbol o a lo que sea, es como encontrar la clave para entender el funcionamiento general del mundo. El fútbol, en la obra de Sacheri, no solo es un tema recurrente, sino que es una metáfora de la vida. En ese sentido, este libro, que es además muchas otras cosas, no es una excepción.

Los personajes lucharán por alcanzar sus objetivos: llegar a tiempo al funeral de Marta Muzopappa; ganar el Primer Torneo Interdivisional de Fútbol del Colegio Nacional Normal Superior Arturo Del Manso de 1983. Ambas cuestiones se resolverán sobre el final de la obra, pero su resolución no tendrá un impacto tan significativo como el desarrollo del proceso hacia esos objetivos, y las transformaciones que ese desarrollo tiene en la vida de los personajes. En definitiva, Sacheri muestra que, al interior de la monotonía del mundo cotidiano, a veces ocurren sucesos dignos de ser contados. Y a través de ese contar cosas del mundo propio, chiquito, de “gente común”, acaso a veces pueda llegar a intuirse, al menos ficcionalmente, el funcionamiento general del mundo.

Bibliografía citada

Bourdieu, Pierre. *El sentido social del gusto*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2010.